

¿Como explicar que un gato pueda ser tu mayor confidente?

Eira se encarga de amasar el pan como cada mañana, mientras en palacio, un nuevo día va a despuntar. Todo el servicio está preparando un gran almuerzo para la llegada de Don Héctor.

Este, vuelve a palacio tras su última cacería con nobles de los condados de Coimbra, que ponía fin a la feria del ganado.

Mientras en las manos de Eira se iba pegando la masa, el trasiego era constante en la cocina y junto a los hornos. Ella intentaba escapar de ese bullicio, recordando con pena su anterior vida, donde ella era quien recibía el pan recién hecho de manos de su nana Lía.

El tiempo y la diosa fortuna habían castigado cruelmente a Eira y su familia. Su padre, Enrique, era un comerciante de telas que poco a poco con su trabajo y gracias a los favores del enviado del reino en la zona de León, donde vivían, había amasado una fortuna y tenía unas pequeñas propiedades donde destacaba la finca de Buena Vista. Allí se erguía su casa de arquitectura bizantina, rodeada de una gran extensión de almendros y parras.

Enrique se casó a la edad de 22 años, no era amigo de los compromisos. A los pocos años quedó viudo tras una enfermedad que le desgarró de sus brazos a Claudia su primera mujer. No tardó mucho en volver a contraer matrimonio con Esther, su segunda mujer y madre de Eira. El embarazo llenó de alegría a Enrique, que desde el momento en el que la pequeña Eira llegó al mundo, solo tenía ojos para ella y su única misión era tenerla entre algodones.

De esta manera Eira crecía bajo los cuidados de Claudia y Lía, sin ser consciente de lo cara que podía resultar la vida tras los muros de aquella fortaleza.

Cuando apenas Eira tenía diez años, Enrique y Claudia murieron en un terrible asalto por parte de unos bandoleros que irrumpieron en su viaje, y eso fue el principio del fin.

Sin saber muy bien cómo, se vio de la mano de Lía llegando al castillo de Héctor.

Lía llegaba en calidad de matrona al castillo, y Eira fue adoctrinada en las labores domésticas.

Los ojos de Eira comenzaron a humedecerse al recordar la pérdida de sus padres, y un inmenso pesar le llenó el corazón al ver como sus lágrimas caían sobre la masa del pan.

- Vamos niña, que aun quedan piezas por poner a cocer, y necesito el horno listo para meter el cerdo- dijo con voz malhumorada el cocinero.
- Si, si, esto ya está- dijo ella enjugándose la cara. – lo dejo en el horno y voy a la huerta a recoger las verduras para la guarnición.

Héctor era el hijo Don Jaime, dueño de aquel castillo, y que tras la muerte de su padre en la guerra por la reconquista, pasó a ocupar su sillón y estatus.

Era poco mayor que Eira, y desde que esta llegó al palacio habían tenido una conexión especial. Era difícil resistirse a los encantos de Eira, una muchacha de tez blanquecina, larga melena azabache y unos penetrantes ojos azules intensos, que harían que cualquier varón perdiera la cabeza por ella.

Eira sabía que Héctor sentía algo por ella, pero que jamás la desposaría, los escalones sociales, difícilmente eran salvables por historias de amor. Pero, aunque ella era consciente de que no dejaría de ser un juguete roto entre los brazos de Héctor, aprovechaba esa debilidad que él sentía para tener más calidad de vida en palacio. Su historia de amor era una moneda lanzada al aire, en la que esta vez había salido cruz para ella.

Al llegar al huerto, Eira sonrió a Oscar, un joven jardinero de ojos rasgados, brazos fuertes y torso vigoroso. Para Oscar, Eira, era la cruz de la moneda.

Vivía enamorado de ella, y mil noches soñó con rebanar el cuello de Héctor, para que su corazón solo le perteneciera a él. Eira sentía algo verdadero por Oscar, había conocido en él la grandeza de lo simple, pero su pasado la hacía prisionera del deseo de ocupar de nuevo una silla en la mesa de los más ricos de la corte.

- Buenos días Eira, estás bien- preguntó Oscar

- Si, algo alterada por la organización del almuerzo.
- Hoy llega tu amado, supongo que esta noche no darás un paseo por las caballerizas. - dijo apesadumbrado

Ella se ruborizó, pero lejos de sentirse culpable, se vistió de altanería y le contestó. – Esta noche mi alcoba estará cerrada para los dos, ninguno merecéis que derrame más lágrimas. - y se alejó del huerto con la cesta a medio recoger.

Poco antes del medio día sonaron tambores y clarines, Don Héctor había llegado. Las mesas se extendían a lo largo del salón imperial, engalanado para todo el sequito que acompañaba a Héctor y a sus invitados de honor.

Sobre la mesa se contaban por varios los cerdos asados con hierbas aromáticas, las cazuelas de guiso de faisán en salsa de almendras, y eran abundantes las jarras de vino y aguamiel.

Eira evitó el contacto con Héctor todo lo que pudo, pero era casi imposible esconderse para el señor de la casa.

Después de la contundente comida y con alguna que otra copa de vino en el interior, Héctor se disculpó de sus invitados que gozaban de una agradable sobremesa mientras tres músicos amenizaban la tertulia.

Encontró a Eira en los jardines, y se acercó a ella. La tomó por la espalda y ella sorprendida dio un respingo. Sin tener tiempo para reaccionar Héctor hizo girar el esbelto cuerpo de Eira sobre sus brazos y la besó. Al principio ella solo pudo sucumbir ante su debilidad y se entregó en un beso que la adormeció por instantes. Sintió que el tiempo se paraba como tantas otras veces, y olvidó su desdicha. Pero una mano curiosa bajo su blusa le hizo despertar del letargo.

- No Héctor, no quiero seguir siendo tu juguete- dijo mientras se retiraba de su lado.
- Acaso no me has echado de menos- respondió él, sin soltarla del brazo.
- No te echo de menos en mi alcoba, te echo de menos paseando por palacio, o planificando nuestra boda.

- Sabes que yo no pienso en casarme, ni formar una familia, al menos no de momento.
- Lo que se es que no piensas en casarte con una simple sirvienta. Lo siento Héctor este es el último beso que me robas-. Y con lágrimas en el rostro salió corriendo hasta su alcoba.

Pasó el resto de la tarde llorando y mirando una tierra que jamás sería de ella desde la pequeña terraza de su habitación. Era una de las comodidades que había conseguido como gracia de Don Héctor.

Sentada sobre un banco de madera en la terraza, intentaba consolarse, hasta que un agradable ronroneo de un gato le rescató de su tristeza.

- Pequeño, estás aquí. Ven, tengo muchas cosas que contarte.

Y subiendo al gato sobre su regazo, comenzó a contarle lo desdichada que se sentía viviendo entre dos amores imposibles. En uno porque ella se sentía inferior, o Héctor le hacía sentir inferior, y en el otro porque Oscar no le podría dar la vida que ella tanto ansiaba.

- Sabes pequeño, en el fondo Héctor y yo no somos tan diferentes, y el que hierro mata...
- Miau- contestó el gato como si la pudiera entender.
- A veces deseo que fueras real, eres el único que me conoce al desnudo, sin tener que medir mis palabras o emociones.

El gato se incorporó y de forma cariñosa empujó su cabeza entre el cuello de Eira para darle consuelo.

De esta manera, es como un gato se puede convertir en tu mayor confidente. El nunca la traicionará ni contará nada, simplemente será el guardián de sus deseos sentado en su tejado.

Fin.

Fdo: Un bohemio en el tejado

